

LA VIDA ES POR SI MISMA UNA NOVELA

Ya no quedaba nadie en el teatro, salvo el eco de los últimos murmullos de los más rezagados.

Los aplausos de hacía sólo escasa media hora dormían en la oscuridad del patio de butacas.

Los operarios ya habían desmontado los útiles que utilizamos para la presentación de mi último libro.

El escenario, ruborizado en su desnudez, por mi incómoda presencia, hacía crujir las tablas de la superficie donde se apoyaba.

En un rincón descansaba una enorme fotografía de cuando era pequeño, no debía de tener más de diez años, tumbado sobre la alfombra de la biblioteca de mi casa, leía absorto un libro. Debajo de la misma, unas enormes letras negras revelaban mi nombre, Sergio Laviades.

Enfrente, mi personaje de ficción, el caballero de la Orden del Temple, Don Enrique De Alarcón, parecía querer despojarse del cartón troquelado que le servía de soporte.

Me senté en la primera fila y suspiré, el mutismo cómplice de aquel recinto, nunca revelaría a nadie, que me sentía abrumado.

Tenía sólo quince años, pero me había convertido en el escritor más leído por la juventud de varios países europeos.

Las aventuras de mi Caballero Templario se habían traducido a varios idiomas. Esa noche, había presentado una nueva entrega en el teatro de mi ciudad, con un éxito importante.

Cerré los ojos y pensé en mi padre, y en como Don Enrique de Alarcón, mi personaje, entró en mi vida.

Habían pasado más de tres años desde aquel aciago atardecer, en el que mi padre y yo regresábamos de una conferencia sobre las Cruzadas.

Él era un prestigioso profesor e historiador. Podía escucharlo hablar durante horas; tenía la increíble cualidad de que cualquier acontecimiento histórico que relataba parecía una fascinante aventura.

Aquel día estaba especialmente brillante, el público le escuchaba boquiabierto. Yo no podía apartar mi mirada de él, me invadía un profundo sentimiento de orgullo, y repetía mentalmente cada una de sus palabras con satisfacción.

Sin embargo, en el juego con el destino, esa tarde llevábamos mala mano. La carretera como serpiente agitada por la tormenta nos lanzó fuera de ella.

Mi padre llevó la peor parte. Yo con mejor suerte, sólo hice añicos mi pierna izquierda. Un costurón de la operación y una leve cojera quedaron como secuelas de esa broma amarga del destino. La cicatriz más profunda perduraría en el alma.

Durante meses, pasé las tardes en la habitación de mi padre, leyéndole los libros que más le fascinaban, los cogía de su biblioteca con mucho cuidado, sabía que para él, eran verdaderos tesoros.

El sonido monótono, que emitía el respirador que auxiliaba sus pulmones, acompasaba mi lectura apasionada de todas aquellas historias maravillosas.

Una tarde escogí un libro, en el que nunca antes me había fijado. Reposaba en el escritorio de mi padre sobre un montón de papeles. Era un tratado sobre la Orden del Temple. Me apresuré a compartir mi lectura con papá, recordaba que él tenía especial devoción por la historia de esa Orden monástica. En cuanto abrí el manual, observé que mi padre tenía varias anotaciones en los márgenes. Era un esquema de ideas para desarrollar una novela sobre la vida de un héroe templario que protegería el camino de Santiago de villanos a su paso por el Bierzo.

-Papá ¡Esto es asombroso!- exclamé, aunque sabía que no podía responderme. Yo notaba que me escuchaba. Cuando le leía sus libros favoritos, sus ojos pestañeaban avivadamente. Estaba seguro de que mi padre se escondía en algún lugar de ese cuerpo inerte.

Durante días me dediqué a leer el libro de los templarios, quería saberlo todo sobre ellos, como mi padre. Él también parecía disfrutar con la lectura. Hubiera jurado que en algún momento, un esbozo de sonrisa había asomado en su pálido rostro.

- Papá, imagínate la capa blanca del caballero ondeando al viento, cabalgando en su negro corcel a través de un bosque de castaños, acudiendo raudo, en auxilio de un pobre peregrino. ¿Puedes verlo, papá? ¡Desenfundando su resplandeciente espada, mientras persigue a un rufián asaltante de caminos!

Yo fantaseaba con aquel caballero, soñaba despierto con mil y una aventuras. Le imaginaba tras los muros del Castillo de Ponferrada, recorriendo sus salas, sus patios....

De pronto se me ocurrió.

- ¡Papá! ¿Qué te parece el nombre de Don Enrique De Alarcón? Suena bien, ¿verdad? En ese momento, me pareció escuchar un suave susurro de mi padre. Me incliné sobre él.

- ¿Has dicho algo? – pregunté expectante.

-¡Escribe la historia! - Un débil hilo de voz salió de los labios de papá.

-¡Sabía que estabas aquí! - Le abracé con esperanza.

Trasladé mi mesa de estudio a la habitación de mi padre, y comencé a relatar la vida de mi caballero de la Orden del Temple.

Leía a mi padre cada línea que escribía, y sentía como su rostro se llenaba de luz.

Los compañeros de mi padre acudían a menudo a visitarlo. Una tarde decidí enseñarle al editor de sus libros, gran amigo suyo, todo lo que llevaba escrito. Lo ojeaba impresionado.

- Tu hijo tiene talento, veremos qué podemos hacer.- Le dijo a mi padre apretándole su mano inmóvil.

Ambos percibimos una mueca de satisfacción en su agotado semblante.

Desde aquel día, las aventuras de Don Enrique de Alarcón, estaban más cerca de ser conocidas por todos.

Cada tarde, a la salida del colegio, me dirigía a la editorial, los correctores me ayudaban con los textos y un ilustrador dio vida, cuerpo y rostro a mi personaje de ficción.

Al regresar a casa, contaba a mi padre los progresos que hacíamos, le llevaba los dibujos y las correcciones. Aprendí a leer en sus pupilas lo orgulloso que se sentía.

El día que cumplí trece años, la editorial presentó el primer volumen de las peripecias de mi caballero. Pronto se convirtió en un éxito de ventas; empezaron las entrevistas en televisión, en prensa, etc.

Mi editor y mi madre me acompañaban siempre, pero yo echaba de menos la presencia de mi padre. Estaba deseando llegar a casa, a su habitación y contarle todo.

Le leía lo que publicaban los periódicos, las revistas. Él me esperaba, percibía lo feliz que se sentía.

Seguí escribiendo a su lado. Todo el tiempo libre que me dejaban mis estudios, se lo dedicaba a mi padre y a Don Enrique de Alarcón.

Hoy, mi caballero templario y yo seguimos solos en la aventura. Mi padre perdió la última cruzada que libró.

Sigo escribiendo en la habitación que fue de papa, no podría hacerlo en otro lugar.

De alguna manera se que los tres siempre galoparemos, sobre la grupa del fuerte corcel de mi caballero de la Orden del Temple.

Oigo pasos a mi espalda, comienza a hacer frío en el teatro.

-¿Vamos Sergio? – Pregunta mi editor.

-El tercer libro de D. Enrique de Alarcón está superando todas las expectativas.- Afirma.

Echo un último vistazo a mí alrededor. Y recorro el largo pasillo hasta el exterior. Un coche me espera. Pero yo quiero regresar a casa caminando. El cielo estrellado guía mis pasos hasta el Castillo de Ponferrada. Lo observo, seguramente tras esos muros, Don Enrique de Alarcón, descansa antes de partir a su próxima aventura.

Regreso a mi hogar, y voy directo a mi escritorio, cojo la vieja pluma de mi padre. Hace una hermosa noche para escribir. ¡Los tres estamos preparados para una nueva andanza!

ALEJANDRO GONZÁLEZ

Categoría B. Alumno de 1º Educación Secundaria.

Colegio CENTRO CONCERTADO BILINGÜE DE EDUCACION INFANTIL, PRIMARIA Y E.S.O. –

CENTRO PRIVADO DE BACHILLERATO

Avda. Compostilla, 34 - 24402 PONFERRADA (León) - Tfnos. 987 41 12 50 - 699 138 208

Cód. Centro. 24008307